

HOJAS DE PAPALAGUINDA

Por Antonio PEREIRA

¿Le hubiera gustado a él? El premio González de Lama más reciente, ¿qué le parecería a don Antonio, bajo cuyo nombre se ha levantado esta bandera poética? Es una pregunta íntima, probablemente vana, pero que a veces he sentido cernerse sobre la mesa larga y consejeril en que cien libros esperaban la decisión de cinco hombres justos. Justos, al menos, en la voluntad de acertar.

Tuvieron, los libros, una espera larga; y si el papel mecanografiado con ilusión y amor tiene alma, digamos que además de larga les fue una espera de mucha inseguridad y zozobra. Quienes tenían el deber de decidir, eran la imagen misma de la indecisión.

Había por qué. Como el labrador echa su ojeada y advierte sobre el campo una singular cosecha -aunque jamás lo declare-, desde pronto supimos que junio venía granado, y que a la dificultad otras veces sentida, la de escoger lo menos malo, sucedía el bendito compromiso de sacar de lo bueno, lo mejor.

Lo mejor, fueron una docena de originales. Con algún sentimiento, no mucho todavía, se redujeron a la mitad. El dejarlos en tres, no vamos a decir que un trauma; pero sí una pequeña insatisfacción. Al fin, con "Crónica adolescente", "Cuenta inversa" y "La nieve", la queja -lo digo por mí- de a qué se meterá uno en estos líos. Si fueran, al menos, tres premios...

El excelentísimo señor don Emilio Alarcos Llorach, académico de la Real Española, va bajando -o subiendo- a profesor Emilio Alarcos, a amigo Emilio, y preside el cónclave (de verdad nos han cerrado con llave) en un tono cordial que no excluye el rigor. A su derecha está Gamoneda. A su izquierda está José Hierro. Félix Grande se les enfrenta en la mesa. También lo hará sobre el pliego del acta, al final, con la singularidad de un voto que humilde, pero firmemente, razona. Como debe ser.

Hablamos, hablamos, hablamos. Cada uno de los tres poemarios da ocasión a otras tantas y luego más teorías sobre la poesía. "La cuenta inversa" es una autoexploración frente al espejo, la locura de un hombre fingida lúcidamente, libro caudaloso. No así "Crónica adolescente", donde una mayor modestia verbal nos

recobra el tiempo perdido en páginas que rezuman sinceridad, convencimiento íntimo. Y "La nieve". Acontece que estamos en junio y va a nevar, a quién se le ocurre, dicen que va a nevar. Parece una tontería, pero sí, sí, luego resulta que la nieve es eso que puede caer de arriba en cualquier momento, lo que a uno le quita de terminar un libro, de ver madurar un hijo, de acabar las vacaciones, eso, en fin, ya ustedes me entienden, por qué tengo que nombrarla yo.

"La nieve", cuatro votos. "Cuenta inversa", un voto ("Comprended, yo no quisiera, es que sinceramente..." "Pero claro, Félix, estás en tu casa, si hasta queda mejor así"). Y aún con nada, el encanto adolescente de la "Crónica" sigue sonando...

La Condesa, Papalaguinda, tienen en la noche de San Pedro y San Pablo un aire fresco que le despeja a uno la cabeza. En todo un mes no vaya leer ni un verso -y, estén tranquilos, tampoco voy a escribirlos- pero ahora mismo daría algo, no sé lo que daría, por andar hasta la Plaza del Parque con don Antonio y contarle, contarle.

FUERTE, heroica, segura naturaleza de la mujer, que a los propios hombres nos hace vaticinar la extinción del mundo, si el alumbrar criaturas fuese de nuestra incumbencia. Fuerte y todo eso, pero al mismo tiempo tierna, delicada, sensible...

Sobre ellas pueden actuar las lunas, las mareas y las brisas, las miradas de una vecina -¡ay del mal de ojo!- y los olores de cada flor. Pero también, junto a lo mínimo y pianísimo, las fuerzas wagnerianas de la naturaleza. Véase que en Guatemala, y si no es verdad reclamen a la agencia "Efe", las mujeres se pusieron a dar a luz con un adelanto sobre los calendarios más serios. Parece que la explicación se encuentra en los 35 microseísmos que registró aquel Observatorio Nacional.

No parece ilógico suponer que desde ahora, allá en Centroamérica o en cualquier otra parte, alguna fémina liberada (con píldora o sin píldora) se disculpe de su trance súbito con cargo a los fallos de nuestra corteza:

-Pero madre, si fue el temblorcillo de tierra de ayer.

ESCRIBIR en los periódicos es un duro y no siempre bien recompensado oficio, pero uno encuentra en ello la incomparable satisfacción de recibir esta correspondencia tan abundante como variada de sus lectores.

Lo dice un articulista y a continuación va y se pone a contestar esa correspondencia tan abundante, etcétera.

Me creo la primera parte del párrafo adversativo -si en la Gramática se llama así-, pero (conjunción también adversativa) dedico mis respetuosas dudas a la parte segunda.

Lo que sí me parece frecuente es que al filo de la convivencia, si escribimos para el ámbito de la propia ciudad, se recojan en la calle o en el café o en la misma escalera vecinal algunos ecos de lo que uno hace.

Un amigo me ha recordado mis deberes de trascendencia (escribir libros, libros así de gordos) y con humildad le he dicho lo que entiendo por trascendencia. A una señora le pareció que citar en un capitulillo a un mandamás era besuconería. Y un convecino me reprocha que me falta garra.

Creo que había olvidado a los dos objetores primeros, pero el crítico éste me ha dado que pensar. Tener garra debe ser hacerse con el lector, y luego retenerlo. Y si es verdad que a uno le falta esta facultad...

Luego comprendo que mi interlocutor alude a otra cosa: a la agresividad, al mordiente en el tema y en la exposición del tema. ¡Qué alivio! Estas son hojas de un paseo periférico, sólo confesiones de un pequeño (y mal pertrechado) filósofo, ahora que celebramos el centenario de Azorín. Pero me robustece pensar que un libro de poemas de Juan Ramón Jiménez, hecho coro versos exquisitos, minoritarios, sedativos -"A caballo va el poeta / qué tranquilidad violeta"- tiene una garra tremenda... para el lector de versos exquisitos, minoritarios, sedativos...